Introducción

Juan José Bremer: una introducción

Alguna vez, un presidente de México (no diré cuál) me confió que entre todos los informes diplomáticos recibidos en la Cancillería, él sólo leía los del embajador Juan José Bremer. Esto en nada disminuye la necesidad y eficacia, a corto y a largo plazo, de los informes que un jefe de misión diplomática está obligado a rendir a su gobierno. La oportunidad a veces, la perspectiva otras, la historia siempre, cifran el destino de la correspondencia diplomática, una palabra griega que significa "papeles doblados" y que, en su encarnación moderna durante el Renacimiento, dio curso al arte de distinguir entre falsos y auténticos documentos.

Distinguir lo falso de lo auténtico. En términos absolutos, tal cosa no es nunca posible. El novelista sabe que su arte consiste en darle verdad a la ficción. El político, a veces, ofrece la ficción como verdad. El diplomático está obligado a presentar lo que sus ojos ven y su pensamiento analiza, consciente de que sus informes —sus papeles— le trascienden a fin de orientar políticas de Estado. Es esta última la cualidad que distingue la mirada diplomática de Juan José Bremer en *El fin de la Guerra Fría y el salvaje mundo nuevo.*

No son comunes las memorias diplomáticas en México y, en general, en el área lusa e hispanohablante. El mundo anglosajón, en cambio, posee una larga tradición memorialista, seguido de los mundos galo y germánico. Bremer, hombre de vasta cultura, asume con naturalidad estas tradiciones (sobre todo la germánica), a fin de enriquecer nuestra visión, a veces parroquial, a veces polémica o ideológica, del mundo que nos ha tocado vivir, del fin de la Segunda Guerra Mundial a la edad de la globalización; es decir, las décadas entre 1945 y el presente 2006.

Activo jefe de misión a partir de 1982, sucesivamente embajador de México en Suecia, la Unión Soviética, la República Federal Alemana, España, Estados Unidos de América y el Reino Unido, Bremer es dueño de una experiencia transatlántica jamás divorciada, como lo demuestra este libro, de su personal representatividad mexicana y, por extensión, iberoamericana. El colapso de la Unión Soviética, la unificación alemana, la comunidad europea y la relación atlántica son los grandes rubros de este libro. Cada capítulo se ve enriquecido por la mirada histórica hacia los mundos referidos, con énfasis especial (raro en este tipo de obra) en el componente cultural de las acciones políticas y diplomáticas.

Recuerdo haber visitado con Bremer la ciudad alemana de Aachen, que es también la ciudad francesa de Aix-la-Chapelle y, para nosotros, Aquisgrán, para entender que esta diversidad nominativa era tan sólo una prueba del carácter europeo de la antigua capital de Carlomagno, el primer unificador del espacio europeo posromano, el Imperio de Occidente. Quiero ubicar a Bremer en este espacio iniciático de la Europa moderna porque siento que, desde allí, desde la antigua capital carolingia, es de donde Bremer dirige la mirada tanto al oriente eslavo como al occidente transatlántico, a fin de encontrar un equilibrio que trasciende los fáciles maniqueísmos, tan dañinos, entre ideologías.

Ello le permite al autor analizar los componentes culturales de Rusia y de Estados Unidos con la perspectiva histórica de un Tocqueville puesto al día. El mundo ruso, imbuido de una idea mesiánica de su destino histórico (la Tercera Roma) lo asignó a la unidad inseparable de la Iglesia y el Estado (el césaropapismo) que Lenin y Stalin convirtieron en unidad del Partido y del Estado. Disímil en todo a la experiencia rusa, Estados Unidos comparte con ella, sin embargo, la convicción de que su destino es excepcional, tal y como lo enunció Herman Melville: "Somos el pueblo elegido, el Israel de nuestro tiempo. Nosotros llevamos el arca de las libertades al mundo".

Los destinos nacionales de Rusia y Estados Unidos, que ya para Tocqueville trascendían los límites tradicionales del Estado-nación convirtiéndolos en entidades continentales, culminaron, en nuestro tiempo, en el prolongado conflicto de la Guerra Fría, que Moscú perdió porque "se desvinculó de la dinámica de la historia". Esto es una paradoja extraordinaria, toda vez que el régimen soviético decía inspirarse en el materialismo histórico de Marx.

En realidad, la tradición césaropapista desplazó a la dialéctica marxista y Estados Unidos, "el pueblo elegido", ganó la Guerra Fría, no en virtud de una fatalidad ideológica, sino gracias a que quebró económicamente al raquítico sistema soviético en las dos áreas determinantes de la posmodernidad (que es, al final de cuentas, la modernidad que vivimos). La brecha entre los dos grandes sistemas no se dirimió en el área ideológica o nacionalista, sino, estrictamente, en la zona internacional de la tecnología y la comunicación, los dos signos definitorios de la "nueva" modernidad.

Bremer, con justeza, no ve en el fin de la Guerra Fría un triunfo de Estados Unidos de América, sino una etapa unilateralista fugaz que cederá, con suerte, su sitio a un internacionalismo basado en la cooperación y fundado en el derecho. Que este objetivo no es fácil de alcanzar, el autor lo sabe y lo dice. Que es el *desiderátum* de la lógica, el objetivo del quehacer mundial, lo demuestra —con luces y sombras— la experiencia europea que Bremer, tácitamente, explica como contrapunto equilibrio a los extremos ruso y norteamericano.

La luz de la Europa actual nace de la oscuridad de un pasado de conflictos nacionales sangrientos. Los padres de la nueva Europa —Robert Schuman, Konrad Adenauer, Jean Monnet— querían dejar atrás el pasado bélico poniendo en pie un modelo comunitario a fin de demostrar prácticamente que "la tradición histórica puede ser superada" y que "la política del poder y el uso de la fuerza pueden ser sustituidos por la negociación política y la creatividad institucional".

Cabe recordar, como lo hace Bremer, que el éxito europeo no es sólo un antídoto contra los males del pasado, sino que aprovecha, sobre todo, los logros positivos del mismo: los movimientos obreros, la tradición social cristiana, el socialismo de estirpe socialdemócrata, y la resistencia —de España a Polonia— a los regímenes totalitarios. Pero el autor insiste, con justeza, que el proceso de integración en Europa es un proceso creativo más que reactivo. Al iniciarse el milenio (para parafrasear al eurodiputado español Enrique Barón), Europa tiene el PIB más alto del mundo, los beneficios sociales más extendidos, las áreas de competencia y cooperación mejor definidas.

Hay nubes en el horizonte europeo y Bremer no las olvida. Como en otras partes del planeta, el fin de la Guerra Fría y su oposi-

ción entre dos grandes bloques antagónicos abrió las ventanas a un cielo distinto —la globalidad— y los sótanos a una caverna olvidada —la localidad—. A la par de la extensión de la red de relaciones comunitarias y mundiales, Europa vio el resurgimiento de viejos espectros nacionalistas, étnicos, religiosos. Bremer hace notar que, sin embargo, estos conflictos enfrentan a la región con la nación, pero no a la región con la comunidad (Cataluña es un ejemplo). O sea: mientras que los Estados nacionales transitan hacia la globalización económica, informativa y tecnológica, los factores raza, religión y región operan en contra.

El conflicto entre regiones y nacionalidades se ha extendido a la pugna entre sociedad laica y sociedad creyente, entre necesidad productiva y trabajo migratorio y entre éste y añejos prejuicios xenofóbicos. ¿Se contentará Europa con reaccionar ante estos fenómenos?, ¿o será capaz de crear jurídica, política y culturalmente el orden que los trascienda?

La respuesta nos concierne a todos, ya que la globalización se ha esmerado en que circulen las cosas, pero ha descuidado la circulación de los trabajadores. El fenómeno es global y muy agudo en la América del Norte. Este libro de Bremer puede ayudarnos a pensar el estatuto del trabajo migratorio como un asunto mundial, digno de acuerdos no sólo bilaterales sino multilaterales y nunca unilaterales.

Bremer no elude los peligros ni las oportunidades que este conjunto de factores le proponen a nuestro mundo. “Crear un orden internacional fundado en un sistema de responsabilidad colectiva”, sentando las bases de un sistema “adaptado a la complejidad de nuestro tiempo” o vivir “bajo la conducción de un directorio colegiado y exclusivo que administre la globalización y le dé seguridad a su manera”.

A todos —ciudadanos, sociedades, Estados— nos concierne que la primera sea la opción que concilie el interés nacional con la salud internacional. Este libro de Juan José Bremer es una importante contribución a lo que el autor llama un “pensamiento alternativo sobre las prioridades y valores de nuestra posmodernidad”.

Carlos Fuentes

PRÓLOGO

Este libro es una reflexión sobre las transiciones históricas que me tocó vivir en el lugar de los hechos: el colapso soviético, la unificación alemana, la ampliación de Europa y el impacto del 11 de septiembre; un conjunto de acontecimientos que ha definido el perfil de nuestro tiempo.

Estamos inmersos en una ola de cambios que se inicia en Moscú a mediados de los años ochenta y recorre el mundo a lo largo del fin de siglo hasta nuestros días. La Guerra Fría terminó, Alemania alcanzó su reunificación, las fronteras ideológicas tradicionales dejaron de existir, Europa entró en una etapa sin precedentes de integración económica y de cooperación política, y el mundo en una nueva fase de tensiones y conflictos imprevistos. La caída del muro de Berlín abrió, brevemente, una ventana para la oportunidad y el optimismo. Ahora que se publican estas líneas, lo que prevalece es la incertidumbre.

No es éste un alegato político, un género frecuente en tiempos como los que vivimos de intensa polarización. Recoge esta obra, en esencia, una experiencia personal y a lo que aspira es al conocimiento. Presento estampas de una época en movimiento, en parte un testimonio y en parte un ensayo.

He dividido este relato en cinco estaciones: Moscú, Berlín, Europa, La disputa atlántica y El salvaje mundo nuevo. No me refiero a las mudanzas de los años, sino a las escalas de un viaje que coincide con el fin del siglo. El movimiento del que se ocupan estas líneas es el de la historia. Es el gran río que siempre fluye, que se abre paso.

Quienes han navegado por ellos saben que los ríos corren a veces apaciblemente y de pronto aceleran su marcha; es decir,

entran en rápidos. Esta metáfora define bien lo que he querido decir en estas páginas. Rápidos pudiera ser el otro nombre de este ensayo-testimonio.

Desde la estación Moscú, el río de la historia entró en rápidos. Tendencias, fuerzas y procesos que se venían manifestando a lo largo de décadas alcanzaron su punto de definición o hicieron crisis. Crecieron las aguas y entramos en un periodo de aceleración histórica.

El colapso soviético proyectó sus efectos hacia todos los puntos cardinales, aunque el impacto mayor de este acontecimiento se ha vivido, en lo inmediato, en el espacio europeo. En La estación Berlín y en La estación Europa se describen las subsecuentes transformaciones producidas por la crisis de la Unión Soviética. Las viejas estructuras —herencia de la Segunda Guerra Mundial— se vieron sacudidas en sus cimientos y los efectos de esta conmoción se manifestaron en dos fenómenos inesperados: la unificación alemana y la ampliación de la Unión Europea, que han generado una vigorosa resaca social. En esta misma parte abordo el rechazo francés y neerlandés a la Constitución Europea que ha impactado el edificio de la Integración.

En La estación Atlántica me concentro en las consecuencias producidas por el fin de la Guerra Fría y los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Washington y Nueva York, así como en las relaciones de Europa con Estados Unidos. Aquí estamos en presencia de un viraje en estas relaciones que habían sido determinadas por el conflicto capitalismo-comunismo a lo largo del periodo bipolar. La quinta estación es la siguiente: El salvaje mundo nuevo, mitad esbozo y mitad incógnita; tiene un ritmo apresurado y en ella estamos entrando.

No todos estos sucesos están, en sentido estricto, vinculados por relaciones de causa-efecto. Incluso algunos, como el 11 de septiembre, obedecen a una trama distinta de la que es central en este trabajo: el fin del mundo bipolar. Sin embargo, su coincidencia e interacción en la misma escena histórica han producido las condiciones de nuestro mundo actual.

A más de una década del colapso de la Unión Soviética, queda ya claro que el fin del bipolarismo no generó el esperado dividendo de paz, sino un nuevo periodo de confrontaciones. El temor por una conflagración atómica ha sido sustituido por el temor al terrorismo. Seguimos en rápidos. El rasgo central del movimiento,

en nuestros días, no es el de las aguas que fluyen despacio, sino el de las que corren atropelladamente.

La influencia del individuo o de lo imprevisto aparece siempre en las transformaciones sociales porque en la historia se encuentran tanto regularidades como excepciones y sorpresas. Durante los años de la Perestroika, éste era un tema recurrente entre mis colegas diplomáticos, en virtud del carisma que entonces irradiaba Gorbachov.

Si revisamos ahora, desde la perspectiva de nuestros días, la cadena de sucesos que condujeron a la unificación alemana, a la ampliación de Europa, así como a las discrepancias entre viejos aliados europeos y Estados Unidos a propósito de la invasión de Irak, surge esta misma pregunta: ¿hasta qué grado los actores que estaban en la escena fueron determinantes para el curso de los acontecimientos, o qué tanto fueron sólo intérpretes o instrumentos de una trama más allá de sus alcances? En las siguientes páginas planteo esta cuestión y la influencia de la experiencia social en el curso de esta historia.

Tanto para las naciones como para los individuos, el pasado tiene un papel condicionante, es una fuerza que se manifiesta de forma parecida a la de la gravedad. Incluso en los momentos de revolución, aunque esta fuerza se rechace, sigue ejerciendo influencia. Por ello, en las estaciones de este ensayo, en Moscú, Berlín, Europa y el Atlántico, un tema central es el peso de la tradición histórica en el destino de los pueblos o, dicho de otra manera: la presión que la tradición ejerce en los momentos de cambio. No soy un determinista porque no creo que la historia esté regida por leyes inapelables. Sin embargo, creo en el peso de las cosas, tanto en el destino individual como en el colectivo.

Mi diálogo con jóvenes universitarios a lo largo de estos años, me convenció de su interés por una visión de conjunto sobre los factores que están conformando los escenarios de su tiempo.[1] Decidí, por ello, incluir en cada una de las estaciones de este libro un breve comentario histórico que permita entender el porqué y el contexto. Abro con ello una ventana a la reflexión para que el lector interesado se involucre con mayor profundidad.

En la aldea global donde vivimos, nada de lo que aquí se relata ha pasado desapercibido. Los hechos de que me ocupo han sido analizados por separado, en sus respectivos momentos, por

numerosos autores. Los presento ahora a todos ellos, integrados por una visión de conjunto.

En el campo de las relaciones internacionales, el académico, el periodista y el diplomático coinciden en una misma tarea: comprender lo que sucede y dar cuenta de ello a sus distintos públicos. El académico trabaja con mayor rigor metodológico pero, salvo excepciones, su campo de observación es limitado. El periodista domina la calle y su profesión le permite una mayor movilidad y accesos especiales al mundo del poder. El diplomático cuenta también, como el periodista, con ventajas de acceso a información privilegiada, pero tiene que contrarrestar las limitaciones que impone el formato de su propia función, buscando con discreción y tacto sus propias fuentes. Las tres actividades están conectadas y su intercomunicación es deseable para observar la realidad desde diversos ángulos.

Mucho de lo que se escribió en su momento, ya fue rebasado. La abundante literatura de la Perestroika, de los primeros años de Gorbachov, envejeció rápidamente. La atmósfera del día en que cayó el muro de Berlín no tiene ya nada que ver con la del día de hoy en la misma ciudad. No podría ser de otra manera. Estos testimonios tienen ahora el valor de los álbumes de retratos de una época. Otros libros han perdurado porque marcan el acento en el registro cotidiano de los sucesos. Son muy útiles como obras de consulta o referencia.

Opté por dejar en reposo algunos años las primeras dos estaciones de este libro, el colapso de la Unión Soviética y la reunificación alemana, en búsqueda de perspectiva, ya que el tiempo ubica los acontecimientos como el mosto se asienta en los viejos vinos. En *Los negocios del señor Julio César,*[2] Bertolt Brecht pone a los protagonistas a contar su historia a dos décadas de los hechos porque considera que éste es un punto de observación ideal: ni demasiado cerca ni demasiado lejos, lo suficientemente apenas para recolectar directamente el testimonio de los contemporáneos y lo suficientemente alejado para poder apreciar el paisaje.

Al retomar este ensayo decidí incluir las siguientes tres estaciones del viaje: Europa, La disputa atlántica y El salvaje mundo nuevo. Asumo los riesgos que implica contar la historia en movimiento.

Al cierre de cada capítulo, a la manera de una coda, he introducido una reflexión: "El retorno de Zagorsk"; "El retorno de Berlín"; "Más allá de Aquisgrán" y "El regreso del Atlántico".

Todos estos apartados tienen en común una paradoja: el regreso de la historia en un tiempo de ruptura.

La quinta estación lleva como título una metáfora: "El salvaje mundo nuevo", la uso con la convicción de que no hay nada más preciso. En este último capítulo describo nuestro escenario actual en el que viejos problemas y dilemas adquieren una nueva e inquietante dimensión. Los campos en que hemos alcanzado mayor progreso, la internacionalización de la economía, la revolución en la informática y las telecomunicaciones, en otras palabras, las múltiples redes del globalismo están poniendo a prueba a aquellas estructuras de nuestra civilización en las que no ha habido una suficiente evolución, particularmente a las débiles y obsoletas instituciones de gobernabilidad internacional.

Las consecuencias de este desarrollo desigual entre los medios y los fines, entre los avances tecnológicos y los rezagos institucionales, nunca habían sido tan evidentes y sus efectos más perniciosos y a mayor escala. En todos los temas urgentes de nuestra agenda como: la seguridad internacional, el desarme nuclear, el cambio climático, la pobreza y las migraciones, la escasez del agua y la desertificación de vastos espacios del planeta, estamos llegando a una misma encrucijada: los desafíos anteriores se han vuelto globales y sólo podrán ser atendidos si renovamos el actual sistema internacional.

He buscado en esta sección incorporar opiniones representativas del gran debate contemporáneo. Por la naturaleza de mi trabajo profesional no está de más dejar claro que lo que yo afirmo representa aquello en lo que creo o lo que pienso. Nada más, pero nada menos.

El fin de la Guerra Fría y el salvaje mundo nuevo se publica en momentos decisivos de nuestra vida política. Es frecuente que en los momentos difíciles las sociedades se concentren en su problemática interna y por ello, desde una primera impresión, su contenido pudiera parecer ajeno a nuestras más inmediatas preocupaciones. Pienso que, incluso en estos explicables periodos de introspección, no hace daño abrir las ventanas para ver lo que sucede afuera. Además estas páginas, como ya se ha dicho, son una reflexión sobre las transiciones de nuestro tiempo, los desafíos que plantean y los efectos que están produciendo en el destino de los pueblos.

En su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo advierte: "Yo como no soy latino, no me atrevo a

hacer preámbulo, ni prólogo”;[3] pero lleva a cabo su empresa por todas sus buenas razones y principalmente porque lo había tenido “todo delante de sus ojos”.

Por azares de la vida, he tenido todo lo que aquí se narra “delante de mis ojos”. Abordo un tema de descomunales proporciones, una materia demasiado ancha, con la autoridad que me confiere ser testigo de los hechos. Lo hago también en reconocimiento a todos quienes hicieron posible que estuviera presente en el momento oportuno, en el interior del taller, en medio del ruido de las máquinas y de los grandes chispazos, cuando la historia forja.

Londres, septiembre de 2006.